

BÍBLIA E ECOLOGIA - BIBLIA Y ECOLOGÍA BIBLE AND ECOLOGY

Maurício Waldman (*)

(*) Ambientalista judeu. Organizador da publicação *Política das minorias: O caso dos judeus no Brasil* (Fundação Wilson Pinheiro/Editora Mercado Aberto, 1988). Colaborador do Programa de Assessoria à Pastoral do CEDI – Centro Ecumênico de Documentação e Informação.

Resumo: Texto trilingue de caráter introdutório relacionando Bíblia e Questão Ambiental (português, castelhano e inglês) publicado em *Bibliografia Bíblica Latino-Americana de 1992*, páginas 36-47, co-edição Editora Vozes e Instituto Ecumênico de Pós-Graduação em Ciências da Religião, do IMES, Instituto Metodista de Ensino Superior, São Paulo e São Bernardo do Campo, 1993.

É liberada a divulgação deste material, desde que mencionados o autor e a fonte.

e-mail : mw@mw.pro.br

VERSIÓN CASTELHANA

La explosión en el ámbito mundial de problemáticas ecológicas trajo una serie de desafíos para las formulaciones teológicas y bíblicas. La cuestión ambiental está en pauta, a partir de la década de 70, junto a diversos encuentros o iniciativas de orden ecuménico.

A lo largo de este período, se registra, por ejemplo, la creación de la *Interfaith Coalition - Coalición entre Creencias*, una red formada por cristianos, judíos, musulmanes, hindúes y budistas de mentalidad parecida. Esta red preconiza, en 1979, una parada en el uso de reactores nucleares, cesación de la producción de armas atómicas y la prohibición de la mineración y de transporte de uranio.

Diversas posiciones tomadas por el Consejo Mundial de Iglesias demuestran que a lo largo de los años setenta, esta organización se preocupó no solo con la crítica a los modelos de crecimiento económico, sino también destacaba la cuestión ambiental como indisociable de una ética social justa y participativa.

Por lo tanto, es posible afirmar que embrionariamente varias organizaciones ecuménicas mostraban sensibilidad con los problemas ambientales. Estos actualmente - y en esto no hay ninguna exageración - pueden comprometer irreversiblemente la perpetuación de todas las formas de vida, incluyendo hombres y mujeres, sobre la faz de la tierra.

Gracias a la alerta pionera dada por el movimiento ecologista, la cuestión fue incorporada por un amplio conjunto de creencias religiosas. Al lado del *campo ecuménico* propiamente dicho, ella se inscribió junto al *campo abrámico* (agregando cristianismo y además, el judaísmo y islamismo) y en varias otras confesiones religiosas. De particular importancia fue su interiorización en el conjunto de los movimientos sociales, ultrapasando el núcleo original formado por el movimiento ecologista.

Entretanto, la ecología posee varias hermenéuticas. No hay lectura monolítica de la cuestión ambiental. Las diversas interpretaciones existentes reproducen dilemas ideológicos generales, presentes en la sociedad moderna. Particularmente, las posiciones de los *ecologistas sociales*, apuntando para un *ecologismo popular*, ha demostrado gran capacidad de interlocución con los movimientos sociales.

Para los ecologistas sociales, la relación entre las sociedades y el medio ambiente es de fondo *socioambiental*, no sólo ambiental, como predicán las corrientes conservadoras del ecologismo. La lucha ambiental no se resume a la preservación de la fauna y de la flora, amenazadas de extinción, pero fundamentalmente está dirigida para transformaciones estructurales de la sociedad.

El debate promovido por los ecologistas sociales enfatizó la necesidad de una énfasis social en el análisis de la degradación de la naturaleza. Es necesario ir más allá de aquella ecuación tan divulgada por la mídia, por la cual, *el hombre estaría destruyendo la naturaleza*. Mucho más que un hombre genérico y abstracto, son *relaciones sociales de producción*, inscritas en un proceso de apropiación privada de la naturaleza, que están depredando los sistemas naturales del planeta. En este sentido, también es problemático que a unos caben las decisiones y a los demás - la inmensa mayoría - su simples cumplimiento.

La crítica de los ecologistas sociales se vuelve también contra el imperativo clásico de progreso, basado en la noción de trabajo productivo (dirigida para la producción de mercaderías dentro de la lógica de la acumulación de capital) y de ciencia como un conocimiento vuelto para el dominio de la de naturaleza, entendida como un recurso para el desarrollo económico.

Ponderaciones de teólogos y biblistas pueden estar situadas en este cuadro. Aún sin ser propiamente ecológicas, son objetivamente ecologistas. Para Julio de Santa Ana, *la mágica del capitalismo sería hacer el bien través del mal*. Hugo Asmann, por su vez, *asígnala el Dios caliente del mercado total como el cerne de la devastación de la naturaleza*. No es otro el parecer de teólogos, militantes o laicos cristianos como Werner Fuchs (sección 4.2/134, v.3/1990) y García A. Rubio (sección 4.3).

La lógica del mercado desvenda la naturaleza sacrificial del capitalismo. Yeso aún es agravado por algunas relecturas "modernas" del liberalismo económico. Admiten los seguidores de teóricos como Milton Friedmann, que la economía nada tendría que ver con preocupaciones de orden moral. Por estas razones, ambiental se hace necesario un otro paradigma para una óptica *ecuménica-ecológica* que

Rafael Soares de Oliveira, en un artículo de “Tempo e Presença” de 1992, creativamente explica por la sugestiva etimología: *oikológico*.

Al lado de las advertencias éticas, importantes y necesarias, existen las de fondo propiamente teórico. En el plan conceptual, paradigmas incongruencia con un referencial ecológico hacen, repetidamente, su aparición junto a interpretación de los textos bíblicos.

Entre ellos está el *concepto de modo de producción*. Aunque exista una rediscusión por parte de los científicos sociales, es común la utilización sin reflexión del concepto. (Vea Mauricio Waldman, sección 3.6). Este sería el caso del modo de producción asiático, o *tributario*, para escapar de la connotación indebidamente geográfica de la terminología original. Utilizado para destacar el mecanismo básico de extracción del excedente en tiempos bíblicos, diversos análisis en él no atienden las observaciones desarrolladas en cuanto a su pertinencia conceptual.

Antropólogos como Marshall Sahlins ya avisaban que la economía de mercado podría constituir un fetiche, una eterna trampa ideológica de la cual la Antropología económica debería escapar. El hecho del capitalismo ser inteligible a partir del primado del económico en él no significa que este presupuesto sea igualmente válido para la interpretación de las sociedades no-capitalistas, *comúnmente denominadas de pre-capitalistas*.

Entre estas sociedades, vale recordar, están las relatadas en la Biblia. Evaluaciones de este tipo sugieren una perspectiva en la cual las sociedades no europeas terminan evaluadas a través de criterios que les son extraños. *El término modo de producción es potencialmente economicista y productivista* y, todavía peor, inscribiría todas las sociedades en una visión evolutiva, lo que necesita alguna atención en su aplicabilidad.

Calificar como *de producción* las relaciones específicas al modo de producción tributario, así como cualesquier otro modo de producción, implica en la inclusión de una óptica economicista que se tornó hegemónica únicamente en el padrón civilizador occidental y en ningún otro. *Las formaciones sociales no capitalistas establecieron un modo de relación y no sólo de producción de los hombres (y también de las mujeres) con la naturaleza. Posiblemente, y en función del capitalismo haber constituido la única formación verdaderamente económica de la historia, únicamente este sea un modo de producción.*

Las sociedades antiguas (ahí incluidas las de la Biblia) deben ser analizadas a partir de los diversos padrones civilizadores, en los cuales estuvieron enraizadas. Estos antiguos modos de relación incluían concepciones de tiempo, de espacio y balances energéticos que están registrados en los textos bíblicos. En el tocante a una lectura popular de la Biblia, son de particular interés las relaciones ecológicas que caracterizaron el cotidiano y la historia de los antiguos hebreos – los *hapiru*.

Es sabido que en cuanto movimiento social, los *hapiru*, establecen en las montañas de la Palestina, una sociedad ya sin opresor, rey o faraón. Forman un anti-modelo: anti-estado, anti faraón, anti opresión, sin ciudades, sin templos, casi sin sacerdocio. Esta radicalidad *hapiru* se reflejó en sus concepciones de tiempo,

rompiendo una tradición asiática, en la cual la noción de tiempo cíclico era fundamento ideológico para la perpetuación del ciclo de tributos y del poder de los imperios.

El texto bíblico abunda en historias, al contrario de lo que ocurría en todo el Fértil Crescente. Las historias bíblicas no explican la naturaleza a través de dioses que intervienen encarnando fuerzas cósmicas, centrados en un distante pasado mítico fundador. *El Dios de Israel, de los hapiru, combate esta concepción mágica, tornando el universo pasible de transformaciones. Javé, no se asocia a los acontecimientos repetitivos y hasta cierto punto previsible de la naturaleza, pero a la historia, que él comanda de una forma general inescrutable.*

Este fenómeno, exclusivo de la enculturación bíblica, implica en la despersonalización y desmitización de las divinidades de los pueblos vecinos, tornadas fuerzas cósmicas impersonales. La originalidad de este fenómeno, único entre las religiones, se debe al monoteísmo. La concepción de tiempo lineal surge como una contribución distintiva del pensamiento hebreo muy pertinente aún para los días de hoy (vea Mauricio Waldman, sección 3.6).

También en lo tocante al espacio y a los balances energéticos, la *ecología hapiru* muestra un carácter distinto de los imperios de la antigüedad. Ella subentendía la aprehensión de nichos ecológicos bastante diferenciados en la antigua *Tierra Santa*. País de relevo caótico, surcado por vales y desfiladeros, con enormes diferencias geográficas y naturales, la Palestina recibió vagas sucesivas de grupos de diferentes orígenes étnicos, que fueron colocados o se colocaron a la margen de los procesos económicos, sociales y políticos entonces vigentes.

Estos grupos articulan diferentes modos de relación con los ecosistemas, en los cuales se insertaron. La tónica en la aprehensión de los ciclos de materia y energía - frente a la ausencia de los tributos - apunta siempre para una línea de perdurabilidad. Es el caso del nomadismo en el desierto (grupo sinaítico), del pastoreo trashumante combinado con agricultura en la estepa (grupo abrámico) y esto, sin contar con la vigorosa economía campesina, que fue la base del medio rural palestino durante siglos.

Los *hapiru* trabajaron concepciones de tiempo, de espacio y de balances energéticos que, apuntando para el enfrentamiento del imperio, inducirán, aún que de forma no premeditada, para concepciones hoy defendidas por los ecologistas sociales: una sociedad justa y ecológicamente responsable. Cuantas no son las diferencias de esta *ecología hapiru* con la del poder despótico del faraón disecadas por Friedrich E. Dobberahn y Verner Hoefelmann (sección 3.5/2, V.4/1991).

Todo esto muestra la equivocación de colocaciones que afirman ser la tradición judío-cristiana la matriz de la moderna devastación de la naturaleza. Además de la carencia bíblica para tan imprudente afirmación, cabría la crítica del propio punto de vista histórico. No es posible atribuir a los actores sociales tan dispares en cuanto las primeras comunidades cristianas, San Francisco de Asís, los cristianos reformados y los conquistadores portugueses y españoles - sin contar los propios *hapiru* - una idéntica postura con la naturaleza con base en una "misma" herencia judío-cristiana.

Una concepción popular de naturaleza ya estaba colocada en la antigüedad por grupos que antagonizaban el poder constituido, que idealizaron una óptica no antropocéntrica. *No el hombre y la mujer, pero el sábado es la corona de la creación* (Haroldo y Ivoni Reimer, sección 5.4.1). Al descanso del burro, del buey, de la tierra, del árbol, debe ser agregado el respecto a los que trabajan el suelo y desafían la opresión en la construcción de una sociedad nueva.

Es por eso que la *ecología hapiru* asocia reivindicaciones de los *nuevos hapiru* de la América Latina, Sean ellos naciones indígenas en los Andes, seringueros (los que recolectan la goma del árbol seringa) en la Amazonia, obreros argentinos y brasileños. Sean ellos como el autor de este pequeño texto, un judío que observe en los *hapiru*, los ancestrales históricos de un nuevo proyecto, ecológico, popular y transformador.

ENGLISH VERSION

The worldwide explosion of ecological problems has brought a series of challenges to our theological and Biblical formulations. The environmental question has been up for discussion since the Seventies, at various meetings and in various initiatives of an ecumenical nature.

During this period one notes, for example, the creation of the *Interfaith Coalition* - a network formed by like-minded Christians, Jews, Muslims, Hindus and Buddhists. This network has advocated, in 1979, "an end to the use of nuclear reactors, an end to the production of atomic weapons and the prohibition of the mining and transportation of uranium".

Several positions taken by the World Council of Churches show that throughout the Seventies this organization not only concerned itself with criticizing models of economic development but also gave special attention to the environmental question as being inseparable from that of a just and participative social ethic.

It is therefore possible to affirm that several ecumenical organizations have been, embryonic ally, showing sensitivity toward environmental problems. At the present time these problems - and this is no exaggeration - are capable of compromising irreversibly the perpetuation of all forms of life, including men and women, on the face of the earth.

Thanks to the alarm, which the ecological movement pioneered in sounding, the environmental question has been incorporated into a large group of religious faiths. Alongside the *ecumenical camp*, in the strict sense of that term, the *Abrahamic camp* of Judaism and Islam has signed on, as have several other religious confessions. Of particular interest has been it's entering into a whole complex of social movements, going far beyond the original nucleus formed by the ecological movement.

Nevertheless, ecology has more than one hermeneutic. There is no monolithic reading of the environmental question. The differing interpretations, which exist, reproduce the general ideological dilemmas, which are present in modern society. In particular, the positions of the *social ecologists*, which point to a *popular environmentalism*, have shown a great capacity for dialogue with social movements.

To the social ecologists, the relation between societies and the environment is fundamentally *socio-environmental*, not just environmental, as the conservative currents of the ecological movement preach. The environmental struggle is not limited to the preservation of flora and fauna, which are threatened with extinction, but is fundamentally directed to the structural transformation of society.

The debate promoted by the social ecologists has stressed the need for a social emphasis in the analysis of the degradation of nature. It is necessary to go beyond the simple formula, which has been so spread about by the media, *that the human being is destroying nature*. Rather than a generic and abstract human being, *it is social relations of production*, imbedded in a process of private appropriation of nature, which are depredating the natural systems of the planet. In this sense it is also problematic that the decisions fall to a few and to the others - the vast majority - falls the carrying out of these decisions.

The social ecologists criticism also turns against the classical imperative of progress, based on the notion of productive work (directed toward the production of merchandise within the logic of capital accumulation) and of science as a kind of knowledge oriented toward the domination of nature, which is understood as a resource for economic development.

The reflections of theologians and Biblical interpreters can be placed in this framework. Even without being strictly ecological, they are, objectively, supporters of ecology. For Julio de Santa Ana, *the magic of capitalism would be to do good with evil means*. Hugo Assmann, on his part, *points to the hot God of the total market as the germ of the devastation of nature*. Not at all different is the opinion of Christian theologians, militants and laity such as Werner Fuchs (section 4.2/134, v.3/1990) and Garcia A. Rubio (section 4.3).

The logic of the marketplace discloses the sacrificial nature of capitalism. And some "modern" rereading of economic liberalism further aggravates this. The followers of theoreticians like Milton Friedmann admit that economics has nothing to do with concerns of a moral nature. For these reasons another paradigm must be necessary, for an *ecumenical-ecological* point of view which Rafael Soares de Oliveira, in an article in "Tempo a Presença" in 1992, creatively transforms in a bit of suggestive etymologizing; *oiko-logical*.

Alongside the ethical warnings, important and necessary as they are, there are truly theoretical ones. On the conceptual plane, paradigms, which are incongruent with an ecological referent, make repeated appearances in the interpretation of Biblical texts.

Among them is *the concept of mode of production*. Although there is a rediscussion on the part of social scientists, the unreflected use of the term is

common (see Maurício Waldman, section 3.6). In the case of the *Asiatic or tributary mode of production*, in their attempt to escape from the unduly geographical connotation of the original term and stress the basic mechanism of the extraction of surplus in Bible times, several analyses fail to attend to observations which have been made concerning the conceptual appropriateness of the term.

Anthropologists, like Marshal Sahlins, have already warned that the market economy may constitute a fetish, an eternal ideological trap from which economic anthropology ought to escape. The fact that capitalism is intelligible based on the primacy of the economic does not mean that this presupposition is equally valid for the interpretation of non-capitalist societies, *commonly denominated pre-capitalist*.

Among these societies, it is worth remembering, are those reported in the Bible. Evaluations of this type suggest a perspective according to which non-European societies end up being evaluated according to criteria, which are foreign to them. *The term mode of production is potentially economistic and productivistic* and, even worse, puts all societies into a single evolutionary vision, which is in need some attention in your application.

To characterize as related to *production* the specific relations of the tributary mode of production or any other mode of production implies the inclusion of an economistic point of view, which becomes hegemonic only in the Western standard of civilization and in none other. *The non-capitalist social formations established not only a mode of production but also a mode of relation of men (and also of women) with nature. Possibly, and because of capitalism's was having constituted the only truly economic formation in history, only it should be considered a mode of production.*

Ancient societies (including those of the Bible) need to be analyzed on the basis of the various standards of civilization in which they are rooted. These ancient modes of relation include conceptions of time, of space and of energetic balances, which show up in Biblical texts. As regards a popular reading of the Bible, particular interest attaches to the ecological relations that characterize the daily life and the history of the ancient Hebrews - the *hapiru*.

It is known that when a social movement called the *hapiru* established in the mountains of Palestine a society without oppressor, king or pharaoh. They were forming a counter-model: anti-state, anti-pharaoh, against all oppression, without cities, without temples, almost without priesthood. This radicalism of the *hapiru* is reflected in their conceptions of time, breaking with an Asiatic tradition in which the notion of cyclic time was an ideological foundation for the perpetuation of the tribute cycle and of imperial power.

The Biblical text abounds in history, contrary to what was going on in the whole Fertile Crescent. The Biblical histories do not explain nature by way of deities who intervene as incarnations of cosmic forces, centered in the distant past of a foundation myth. *The God of Israel, of the hapiru, is in combat against this magical conception in a way that makes the universe capable of being transformed. Yahweh does not associate himself with the repetitive and up to a point predictable events of nature, but with history, which he commands in a general, inscrutable way.*

This phenomenon, which belongs exclusively to Biblical enculturation, has as an implication the depersonalizing and demythologizing of the divinities of the neighboring peoples, which become impersonal cosmic forces. The originality of this phenomenon, unique among religions, is owing to monotheism. The conception of linear time arises as a distinctive contribution of Hebrew thought, which is very pertinent indeed for the present time (see Maurício Waldman, section 3.6).

Likewise as regards space and energetic balances the *hapiru ecology* shows a character different from that of the ancient empires. It perceived, with an implicit understanding, quite differentiated ecological niches in the ancient *Holy Land*. A land of chaotic topography, creased by valleys and ravines, with enormous disparities of geography and nature, Palestine was invaded by successive waves of groups of differing ethnic origin who were put or put themselves at the margin of the economic, social and political processes then in vogue.

These groups articulate different modes of relation with the eco-systems into which they are inserted. The emphasis in the perception of the cycles of matter and energy - given the absence of tribute - continually points to a line of permanence. In the case of desert, is the nomad way of life (the Sinaitic group) and with seasonal pastoral nomadic in combination with farming of the steppe (the Abrahamic group), not to mention the vigorous peasant economy, which was the basis of rural Palestine for centuries.

The *hapiru* worked out conceptions of time, space and energetic balance which, pointing to a confrontation with Empire, led, albeit in an unpremeditated way, to conceptions, which are defended today by the social ecologists: a society which is just and ecologically responsible. How many differences there are between this *hapiru ecology* and that of pharaoh's despotic power! They were dissected by Friedrich E. Dobberahn and Verner Hoefelmann (section 3.5/2, V.4/1991).

All this shows how mistaken those people are who affirm that the Judaeo-Christian tradition is the basis of the modern devastation of nature. The lack of Biblical basis for such imprudent assertions aside, they can be criticized in purely historical terms. It is not possible to impute to historical agents as disparate as the early Christian communities, St. Francis of Assisi, the Reformed Christians and the Portuguese and Spanish conquerors - not to mention the *hapiru* themselves - an identical posture toward nature based on the "same" Judaeo-Christian heritage.

Groups antithetical to the constituted powers that developed a non-anthropocentric point of view already posit a people's conception of nature in antiquity. *It is not man and woman but the Sabbath, which crowns creation* (Haroldo and Ivoni Reimer, section 5.4.1). There is rest for the ass, the ox, the land, the tree; there should be added respect for those who till the soil and challenge oppression as they build a new society.

It is for this that the *hapiru ecology* brings together the demands of the *new hapiru* of Latin America, be they indigenous nations in the Andes, rubber tappers in Amazonia, Argentine or Brazilian workers. Or be they like the author of this brief

article, a Jew who sees in the *hapiru* the forerunners of a new program, ecological, popular and transforming.